

11-09-01

Javier González¹

No resulta fácil hacer un comentario de esta película, que nace de la propuesta del productor francés Alain Brigand a once directores de distintos continentes y nacionalidades de una reflexión libre sobre el atentado contra las torres gemelas de Nueva York y sus consecuencias, mientras las bombas siguen cayendo sobre Irak amparadas tras las justificaciones espurias del imperialismo salvador yanqui. Y no es fácil porque alrededor de este atentado y sus víctimas se ha tejido un montaje mediático de colosales dimensiones propagandísticas, en las que se han mezclado el legítimo dolor de las víctimas con el sentimentalismo más repulsivo; la indignación por la violencia brutal con el más sectario, por reaccionario, de los análisis políticos; el deseo de no impunidad con una artera decisión de venganza que oculta, tras su máscara de lícita defensa, la imposición de un poder militar hegemónico y el atropello de cualquier otra forma de resistencia. Y tan justo me parece alentar la iniciativa que ha puesto en pie esta película y reconocer el interés de los diferentes puntos de vista que procura, como también lo sería la necesidad de una continuación en la que se propusiera una reflexión sobre "las otras consecuencias", las que han golpeado a los habitantes de otros territorios (llámense, por ejemplo, países del "eje del mal") vapuleados de forma inmisericorde, además de por sus propios regímenes políticos, por el brazo militar de

un sistema económico, el capitalista, cada vez más radicalizado en su versión imperial.

Digo todo esto para que quede claro que mi crítica no pretende ser objetiva y que no tengo ninguna intención, y más en esta película, de separar cine, arte y política. Separación, por otro lado engañosa, de quien desea mantenernos aislados en un mundo de ficción artificial que apenas tenga contacto con una realidad que, si bien es menos grata, lo cierto es que se nos impone de una manera implacable.

El punto de partida de los 11 cortometrajes es el mismo: los acontecimientos del 11 de septiembre en Nueva York, y la duración simbólica de cada uno es de 11 minutos, 9 segundos y 1 imagen. La película, según su productor, pretende reunir diferentes sensibilidades y compromisos a la hora de abordar esos acontecimientos y sus consecuencias mediante un ejercicio de reflexión dirigido hacia el futuro, así como construir un mosaico cinematográfico realizado desde la igualdad y la libertad. En su honor hay que decir que lo ha

conseguido y, precisamente por eso, se hace necesario un comentario individual sobre cada cortometraje, puesto que sus intenciones y resultados son claramente diversos. Estas



Lunatic Streetfighting, 1915. George Grosz

¹Javier González es autor de *Frigoríficos en Alaska*, Madrid, Debate, 1998.

son las 11 miradas, precedidas por el nombre, país y fecha de nacimiento de su director, respetando el mismo orden en que aparecen en la película:

Samira Majmalbaf (Irán, 1980)

La directora iraní pone la cámara en otra tragedia, la de los refugiados afganos en Irán, mientras una maestra intenta explicar a sus pequeños alumnos los sucesos del 11 de septiembre. La inmediatez de los sucesos cotidianos en la comunidad del campamento se superpone a la tragedia lejana. Una mirada serena de quien sabe que todo puede ir todavía a peor.

Claude Lelouch (Francia, 1937)

Lelouch realiza un ejercicio de estilo donde la falta de comunicación entre una pareja, en la que uno de ellos es sordomudo, se solapa con las trágicas imágenes del ataque a las torres. Ejercicio formalmente atractivo pero, en mi opinión, demasiado íntimo y sentimental para la dimensión de la propuesta.

Youssef Chahine (Egipto, 1926)

El director egipcio realiza una confusa reflexión sobre los fundamentalismos de cualquier signo a través de un diálogo con los fantasmas de un marine norteamericano y de un palestino autoinmolado. Parece un corto espacio para tan ambicioso objetivo.

Danis Tanovic (Bosnia-Herzegovina, 1969)

De nuevo, la tragedia de una comunidad, en este caso la de los bosnios en Srebrenica, ocurrida un 11 de julio, aparece como telón de fondo de los sucesos del 11-S. Y es que mientras algunos pueblos solo disponen de las armas del silencio y del recuerdo para reclamar justicia, otros se arrojan el derecho de utilizar su devastador armamento militar para satisfacer su sed de venganza.

Idriss Ouedraogo (Burkina Faso, 1954)

El corto más ingenuo y más divertido, lo que no significa, de ninguna forma, que sea el más inocente. Unos niños africanos intentan cazar al mismísimo Bin Laden para, con su recompensa, pagar la curación de la madre enferma de uno de ellos. África, primero saqueada y luego abandonada a su suerte, enfermedades y hambruna, por los imperios coloniales, sigue reclamando algo más que solidaridad: justicia.

Ken Loach (Reino Unido, 1936)

Loach se sirve de la carta de un exiliado chileno a las víctimas del atentado para, de una manera sosegada pero contundente, denunciar el apoyo del gobierno de EEUU al golpe de estado del general Pinochet, que derrocó al gobierno democrático de Salvador Allende otro 11 de septiembre, el de 1973. Denuncia necesaria ante quien utiliza como único baremo de dolor el de las propias víctimas.

Alejandro González Iñárritu (México, 1963)

Desde mi punto de vista el más prescindible. Un experimento audiovisual, alternando la pantalla en blanco con los fundidos en negro, que adquiriría mayor sentido como instalación en una galería de arte que en una pantalla de cine. Quizá, como dice el director, sea un intento de experiencia común y colectiva, pero el cine tiene un lenguaje propio, unas reglas compartidas por los espectadores que, si se rompen, anulan cualquier atisbo de comunión.

Amos Gitai (Israel, 1950)

El director israelí arrima el ascua a su sardina de forma notable. Mediante un único plano secuencia, que muestra a pie de calle los instantes posteriores a un atentado en las calles de Tel-Aviv, critica a los medios de comunicación que abandonan la información de ese atentado para hacerse eco del ocurrido en Nueva York. La cámara resulta en este caso, cuando menos, bastante arbitraria.

Mira Nair (India, 1957)

Dice Mira Nair: "El cine debe ser un espejo del mundo que vivimos. Tenemos que servirnos del cine para provocar, molestar, distraer y sacar al público de su torpor". Y eso hace en su corto, contar el caso real del hijo de una familia paquistaní desaparecido en el atentado y que, después de ser investigado como presunto terrorista, se convierte en héroe al descubrirse que murió tratando de ayudar en el rescate. Esta fobia antiislámica que Mira Nair ya denunciaba servirá luego para justificar distintas atrocidades.

Sean Penn (EEUU, 1960)

Un corto que se queda en menos de lo que podía ser debido a su ambigüedad, aunque no es necesario recordar que Sean Penn es el único director estadounidense que participa y, es de suponer, que los vientos que soplan por allí habrán influido. Cuenta la rutinaria pero feliz e irreal vida de un viudo anciano en su pequeño apartamento que únicamente se vuelve consciente de su situación cuando el derrumbamiento de las torres permite que la luz del sol ilumine su cuarto. Entonces

llega el dolor. Quizá este drama personal pueda ser una metáfora del colectivo, pero la reflexión no llega más allá y eso minimiza su significado.

Shohei Imamura (Japón, 1926)

El director japonés realiza el corto más desconcertante, puesto que se aleja completamente de los sucesos del 11-S. Evocando la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, cuenta una leyenda que habla de la metamorfosis que sufrían algunos excombatientes transformándose en hombres-serpientes y que les obligaba a vivir reptando y alejados de la gente. Un relato extraño con el tono plomizo que, a veces, acompaña al cine japonés.

Como se ve, distintos acercamientos y distintas sensibilidades, en resumen, distintas ideologías para tratar un acontecimiento desproporcionado, tanto en la magnitud de su tragedia como en la de sus diferentes consecuencias. Película necesaria por su compromiso con la realidad y recomendable de ver por su propuesta de reflexión, debería ser el punto de partida de una saga que propusiera un debate sobre la ilegal e injusta barbarie que ahora estamos viviendo.